

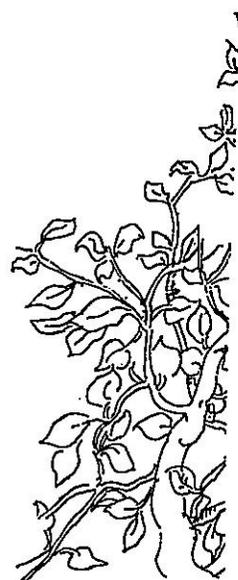
ARS VIVENDI DE JORGE GUILLEN

ANTONIO GARCIA VELASCO

I. ARS VIVENDI

La obra poética de Jorge Guillén ofrece una amplísima visión de nuestro mundo contemporáneo. El título AIRE NUESTRO, bajo el que reúne el total de su poesía, tiene el acierto de expresar —sintética, escueta, precisamente— el «tema» general del complejo que hacer poético guilleniano. Dentro, en efecto, de este extenso AIRE NUESTRO es casi incontable la multitud de «partículas» temáticas, incluso de bloques temáticos, de hechos, de ideas, de actitudes, de sentires expuestos, aludidos, o desarrollados. Por supuesto que AIRE NUESTRO está ofrecido desde la personal visión del mundo del poeta: se constituye como «corpus» poético y no como un tratado objetivo de historia, filosofía, psicología o sociología. Pero gracias a sus peculiaridades, la poesía es, como ya observara Aristóteles, «más filosófica y doctrinal que la historia», más general, y, en este caso, dada la categoría universal de la personalidad de Jorge Guillén, su porte intelectual y la calidad y exactitud de su decir poético, su poesía es doblemente valiosa: no sólo nos ofrece el testimonio de una época histórica desde una perspectiva de hombre universal y magnánimo, sino que tal testimonio está enriquecido gracias a un lenguaje poético sugerente, amplio, exacto, de un entrañable conceptismo, de un rigor expresivo esencial.

La bibliografía sobre la obra poética de Jorge Guillén es, como se sabe, una de las más



extensas de entre los poetas de la generación del 27. El volumen, la profundidad y la calidad de su poesía así lo requiere. Pero ese mismo volumen, esas mismas profundidad y calidad, hacen inagotables las posibilidades de estudio de la obra guilleniana y obligado el acotamiento de las parcelas, temáticas o no, en que pretendamos profundizar críticamente.

En un buen número de los poemas de AIRE NUESTRO, Jorge Guillén habla directamente de la vida, de su vida, del arte de vivir, de su *ars vivendi*. Este es el tema en que pretendemos bucear, rastrear o arañar si no con la pericia de un crítico experimentado, sí con el sentido de un lector atento. Para ello, de momento, en esta ocasión, analizaremos brevemente y a modo de ejemplos varios poemas en los que directamente, como decimos, el autor trata el tema de la vida, del vivir, y en los que muestra su actitud vital, su filosofía de la vida, su *ars vivendi* en definitiva.

Comencemos, precisamente, por el titulado «Ars vivendi», escrito «a la altura de los setenta» —hay razón ya para considerar su «arte de vivir»— e incluido en CLAMOR:

Pasa el tiempo y suspiro porque paso,
Aunque yo quede en mí, que sabe y cuenta,
Y no con el reloj, su marcha lenta
—Nunca es la mía— bajo el cielo raso.
Calculo, sé, suspiro —no soy caso
De excepción— y a esta altura, los setenta,
Mi afán del día no se desalienta,
A pesar de ser frágil lo que amaso.
Ay, Dios mío, me sé mortal de veras.
Pero mortalidad no es el instante
Que al fin me privará de mi corriente.
Estas horas no son las postrimeras
Y mientras haya vida por delante,
Serán mis sucesiones de viviente.

Observemos su actitud de aliento ante el paso, el discurrir de la vida. Los clásicos, y

no sólo clásicos, dicen que la vida es un ir muriendo cada día. Quevedo habla —y lo cita Jorge Guillén al frente de este poema— de «presentes sucesiones de difuntos». A esta idea se opone radicalmente nuestro poeta: «Y mientras haya vida por delante / será mis sucesiones de viviente»: la vida es un ir viviendo cada día, cada instante.

Está presente en toda la poesía guille-
niana la afirmación de ser, de estar, de vivir.

Plenamente consciente del paso del tiempo —primer cuarteto del poema citado— y de su vivir actual —segundo cuarteto: «Calculo, sé, suspiro —no soy caso de excepción—» (aunque excepcional sea su obra, su personalidad, su perfil humano), «y a esta altura» (se le podría rectificar hoy: «los casi noventa») «mi afán del día no se desalienta».

La conciencia de su condición de mortal, viene a decirnos en el primer terceto, no lo privará de vivir. Por último, su tajante afirmación: mientras hay vida, las sucesiones son de viviente.

El soneto rezuma optimismo vital, pasión por la vida. A su edad, en determinados aspectos, la marcha será lenta y podrá ser «frágil» lo que se «amasa», pero estar vivo, consciente, es importante, único, supremo, total.

El valor del poema, no obstante lo dicho, trasciende la información sobre su optimismo vital, sobre su *alegría* de vivir. Porque, precisamente, nos comunica un «ars vivendi», un arte de vivir, una invitación al no-desaliento y a que el hecho de ser mortales («Ninguno es tan viejo que no pueda vivir un año, ni tan mozo que hoy no pudiese morir», dice Celestina) no nos prive de los afanes y gozos propios de la vida. Hay personas a las que angustia la idea de la muerte. Ya los filósofos «pesimistas» y existenciales reiteran la idea de que el hombre es un ser para la



muerte (Heidegger), o un ser para la nada (Sartre). Esta idea llena a los humanos de angustia vital. La actitud de Jorge Guillén es muy otra: el hombre es un ser para la vida, para la vida en un aquí y un ahora, circunstancias que valen por sí mismas como «maravillas concretas», según decía el mismo poeta en «Más allá», de CANTICO. Puede que sombras o fuerzas negativas incidan en la vida del hombre nublando su tiempo y sus afanes, pero como afirma Guillén a propósito de su libro «A la altura de las circunstancias», «no es posible abandonarse al apocalipsis, al derrotismo, a una final anulación. La vida, la continuidad de la vida, tiene que afirmarse a través de todas esas experiencias y dificultades».

II. VIVIENDO

En el libro «CLAMOR. Tiempo de historia», publica Jorge Guillén un largo poema de noventa y nueve versos titulado «Viviendo».

Nos habla de un paseo por una avenida: descripción del crepúsculo desde su posición de paseante, impresiones, sucesos, reflexiones, análisis de sentimientos..., una auténtica escena de vida cotidiana en todas y cada una de sus dimensiones, un ejemplo de vivir intenso.

Para Jorge Guillén, como se desprende de su poética y han reiterado los críticos, entre ellos Octavio Paz, lo extraordinario es que las cosas sean lo que son y no otra cosa, la realidad es lo que tocamos y vemos, porque «la fe de los sentidos es la verdadera fe de todo poeta».

En su paseo, llama *amable* a la avenida:

Nos expone planeta humanizado,
Nos arroja tesoros a los ojos,
Nos sume en apogeos.

Cierto que vienen ruidos a interrumpir tal
amabilidad y a imponerse a los murmullos de
la calle:

Irrumpe una estridencia.
Atroz motor minúsculo trepida..:

(Ah, de las motocicletas con sus escapes li-
bres y sus motoristas faltos de civismo) Pero
otra vez «se reanuda el vago coro,/ favore-
cido por la media voz».

La avenida enciende sus luces y el poe-
ta («Siento más las luces/ que la ciudad co-
mienza a proyectarme») percibe que «esta
máquina» es inseparable ya de nuestras horas
y de nuestros destinos.

Todo avanza brillando,
...Con él yo me deslizo,
Gozo, pierdo. ¿Me pierdo?

En este instante, un sentimiento de ternura:
«Ternura, de repente, por sorpresa/ me inva-
de». Su paseo por la ciudad lo conmueve.
Piensa en la muerte: «Moriré en un minuto
sin escándalo.» ¿Por qué? Sencillamente, co-
mo dice en otro poema, porque «dependo,/
humilde, fiel, desnudo,/ de la tierra y del cie-
lo». Porque se siente «al orden más correcto
sometido». Porque es parte de un mundo en
el que «circula todo por sus órbitas».

Repite:

Y sin querer me iré
Desde estos cotidianos
Enredos
—Entre asperezas y benevolencias—
Hasta este corte que con todo acaba.



La vida es esto: asperezas y benevolencias.
Y así la acepta, la asume el poeta. Decía en
«Muchas gracias, adiós»:

He sufrido. No importa.
Ni amargura ni queja.

La muerte podrá ser «ese corte que con todo
acaba./ ¡Telón!» O bien: «...Un desenlace no
implicado/ quizá por la aventura precedenté». Pero la vida es una «sucesión» más intere-
sante y el poeta vuelve a fijarse en la calle,
en el ambiente:

...Con latido de tráfico.
El cielo, más remoto, va esfumándose.
Esa terraza de café, más íntima,
Infunde su concordia al aire libre.

Este contraste entre la reflexión sobre
la muerte y el sentimiento de la vida le lleva
a escribir (versos 70-74):

Cruzo por un vivir
Que por ser tan mortal ahincadamente
Se me abraza a mi cuerpo,
A esta respiración en que se aúnan
Mi espíritu y el mundo.

En este punto, la conciencia de un más
allá de la realidad inmediata se le impone:
«Mundo cruel y crimen,/ guerra, lo informe
y falso, disparates...» (versos 75-76):

No importa.
Impuro y todo unido,
Apenas divisible,
Me retiene el vivir: soy criatura.
(Versos 77-80.)

Acepta plenamente la «condición hu-
mana» y «merced a beneficios sobrehuma-
nos/ en ella me acomodo./ El mundo es más
que el hombre».

En este convencimiento continúa su paseo y su reflexión: «Tal vez/ errando entre dos nadas,/ vagabundo interpuesto.»

La avenida, definitivamente, queda como símbolo de la vida del hombre en la tierra, vida, avenida, en la que se agrupan «el pregón, el anuncio, la persona,/ quiebros de luces, roces de palabras...», es decir, «caudal de una ansiedad» con la que logra —logramos— el «ser terestre», la plenitud a la que el hombre está avocado, porque como dice nuestro poeta en otra ocasión, «la realización del hombre es la meta a la que todos debemos tender. Nosotros no somos más que una tentativa hacia una plenitud propiamente humana».

III. EL FIN DEL MUNDO. ATENCION A LA VIDA

En CLAMOR, dos poemas en prosa. Como escritos, sobre todo el titulado «Fin del mundo», para estos tiempos presentes amenazados de cataclismos, para estos tiempos de *apocalypse now* e insistentes presagios de catástrofes.

Comienza diciendo Jorge Guillén:

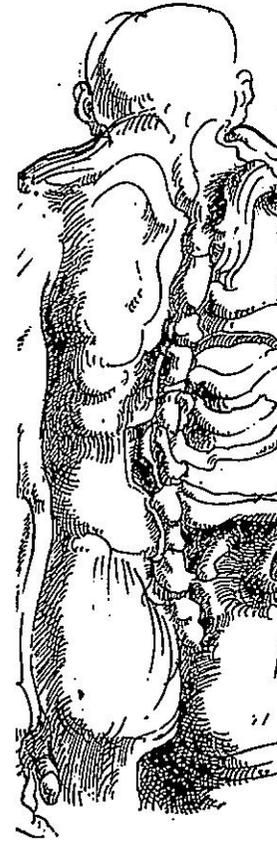
«Parece tan próximo el fin a ciertos pusilánimes que hasta se retiran a una montaña para aguardarlo a pie quieto.»

Continúa después:

«Terrible, ese estruendo.» Para añadir con ironía: «Escucha bien. ¿Ya cataclismo? Es el motor que pasa.»

Y si parecen crujir los cimientos y el aire se enrarece es que «una casa en obra». Y si huele mal: «Química, purísima química: nauseabundos olores elaborados, dirigidos.»

Cuando en la actualidad se habla, por ejemplo, de crisis energética, los más avisados plantean sonriendo: «Escasez de ener-



gía o política de escasez.» ¿Hasta qué punto el mundo no es víctima de manejos oscuros que infunden, hacen creer, llevan, traen, deciden, hacen bailar? «Nauseabundos olores elaborados, dirigidos», dice el poeta.

Para añadir:

«Nada más fácil para la inteligencia que el abandono a un apocalipsis. Ninguna tentación seduce el ánimo vulgar como el desánimo.»

Y se pregunta, nos pregunta: «¿La muerte nos lo resolverá todo, ocultos en nuestro miedo, frente a los incesantes derribes?»

Termina el poema aconsejando calma: «Cálmate. Da cuerda al reloj... Aunque la Historia ocurre vertiginosamente, los minutos son muy lentos. Paciencia, paciencia intrauterina.»

Como contraste a este toque de «atención al cataclismo final», el poema «Atención a la vida».

Nos ofrece primero el panorama natural, la naturaleza: «Los abetos descienden hasta la cintura de rocas... Y la mañana se encamina hacia una total vibración.»

En un segundo punto, afirma y demuestra que «todo es inmensamente sucedido».

En un tercer punto, presenta frente a la naturaleza: bosque, mar..., frente a la «gran máquina» del barco, la máquina sutil del hombre, «aquel gran engranaje de salud». Que también está aconteciendo.

El presunto interlocutor del poeta —el poema se desarrolla como un diálogo— responde: «¿Aconteciendo? No me conmueven.» Y contesta el autor dándonos una vez más su lección de «ars vivendi»: «A mí me conmueve hasta el asordado, vago, casi incorpóreo zumbido de un silencio.»

El hombre, con frecuencia, pierde su capacidad de sentir, su sensibilidad. Y nece-

sita estímulos cada vez más extraordinarios e inauditos. Pero con los sentidos abiertos, en la plenitud de la conciencia, no haya nada más conmovedor que la vida cotidiana.

«En efecto, nadie está ahogándose en este mar. Ningún enemigo desembarca y ataca. Ningún menesteroso gime por ahí. No, yo no falseo la realidad. Los seres coinciden con su ser. Así normales, son lo que son.»

Esta idea tan reiterada y recurrente en la poesía guilleniana («Ser nada más. Y basta./ Es la absoluta dicha»). Pero para percibirlo hay que tener intensamente abiertos los sentidos, inmensamente encendido el amor a la vida. Para que no nos ocurra como al interlocutor presentado en el poema: que «por aberración eres incapaz de percibir la plena vida». Esa vida que, como dirá Guillén en otros versos, por fortuna es cotidiana y sin cesar. En ello radica su maravilla.

IV. VIDA COTIDIANA

«Vida cotidiana» es, en efecto, el título de otro poema de CLAMOR. Comienza con admiración: «¡Vida sin cesar cotidiana!», para añadir: «Así lo eres por fortuna.»

Es un breve poema —veintidós versos eneasílabos— de rima asonante en los pares. En una primera parte (versos 1-6) el poeta se dirige a la vida, que cada día se da, que cada día alumbró —¡la vida es la que alumbró!—:

Y entre un renacer y un morir
Día a día te das y alumbras
Lunes, martes, miércoles, jueves
Y viernes y...

La segunda parte (versos 6-10) constituye una aserción: todos (los días) ayudan al que vive, «a quien va a través de las horas/ problemáticas, pero juntas/ en continuidad



de rosario». Acaba esta parte con una afirmación: «¡Dominio precario!» que supone una ruptura del tono discursivo del poema y da paso a la tercera parte (versos 10-21), en la que continúa la reflexión. Pero ahora, el pensamiento, desde el trampolín que supone la exclamación, ha saltado a la metafísica: el tema de la misión del hombre en la tierra, el tema del destino humano:

Se lucha
Por asentar los pies en la Tierra,
Por ser punto real de la curva
Que hacia los espacios arrastra
Nuestra ambición de criaturas,

criaturas ambiciosas y «anhelantes de hallar contacto/ con los relieves». He ahí el afán humano de trascenderse. A continuación, una posición que nos aclara qué son para el poeta tales relieves: «las arrugas/ de la realidad inmediata». Y puntualiza o caracteriza la realidad inmediata calificándola de difícil y dura, «dura de su propio vigor». Pero el hombre, el poeta tiene un arma eficaz para subyugar esa dureza, ese vigor de la realidad inmediata: la costumbre:

... la realidad inmediata,
Por eso difícil y dura,
Dura de su propio vigor,
Que mis manos al fin subyugan
De costumbre en costumbre.

Tenemos, pues, explicada la afirmación del segundo verso: por fortuna la vida es cotidiana, fórmula que permite la creación de hábitos, de costumbres que ayudan a subyugar la realidad inmediata, a subyugar y, posiblemente, a apreciar y a gozar.

Frecuente es encontrar en la poesía de Jorge Guillén una reflexión metafísica después de la referencia, presentación, descrip-

ción, alusión o noticia de un hecho concreto, de una escena, de una actitud. Lo vimos antes en el paseo por la avenida, lo vemos ahora: a partir de la «contemplación» de la vida cotidiana, su pensamiento se eleva al tema —vital, trascendente —del destino del hombre. En «Nada más» (de CLAMOR también), por ejemplo, desde la contemplación del mar, reflexiona sobre la vida del hombre en la tierra, la unidad de su ser, su propia vida, para concluir afirmando que esa tarde frente al mar

Me entrega un mundo irresistible
Con su verdad fugaz
Acorde a mi destino.

Precisamente, en tener conciencia plena del acorde, de la correspondencia entre el mundo de verdad fugaz y el destino fugaz, pero irresistible, del ser hombre es fuente de sosiego, de paz:

Mar con su playa y cielo en mi sosiego.

Y nos lo dice después de presentarnos rebullendo «en el silencio universal/ la aventura terrestre», el mar ofreciendo «una cabalgadura infatigable», la luz proponiendo «las entradas/ a inestinguibles minas», la tierra, en definitiva, como «tarea eterna». Y, frente a lo infinito, infatigable o eterno, el poeta nos presenta su ser mortal, su saberse mortal, efímero, necesariamente:

Mi tiempo va a su fin, ay, necesario
Para dar su perfil a mi figura.

Cuerpo en su tiempo y espíritu en su forma, constituyen el yo, una llama indivisible, que se apagará: «¿O habrá algo errante donde seré entonces/ pura evaporación de mi yo antiguo./ vibrando sin materia?» La



respuesta a esta pregunta no parece preocupar al poeta más allá del planteamiento intelectual, intelectual o inteligente:

Yo sólo sé de mi unidad efímera.

Y, acto seguido, en la última parte del poema, como contraste a la metafísica de los planteamientos anteriores y a la idea de que los «términos de espanto» como nebulosas, galaxias... nos anulan, Jorge Guillén nos define su vida cotidiana:

Mi vida en este mar, estas montañas,
La arena dura junto al oleaje,
Mi amor y mi labor,
Hijos, amigos, libros,
El afán que comparto a cada hora
Con el otro, lo otro, compañía
Gozosa y dolorosa.

Es cierto que ese *mar*, esas *montañas*, pueden trascender el puro significado referencial, la simple denotación para constituir metáforas cuyo tenor no escapa a nadie. Menos aún cuando inmediatamente después de esta reseña de lo que es su vida, de nuevo plantea, se plantea el problema del Más Allá:

¿Un espectro sin tiempo ni esqueleto
Sería el sucesor
De un ser indivisible del contorno?

Sí, de nuevo la pregunta y, de nuevo, la aceptación de que «Bien se esconden los últimos enigmas,/ misterios para siempre./ más allá de esta luz».

En la definición de su vida hace referencia, naturalmente, al amor, importante en la vida cotidiana, y así lo expone en numerosos poemas, un amor que «contra aventura en orgía» se afirma como «la relación cotidiana» en «clave bien temperado».

V. SOY MORTAL

Jorge Guillén, como se ha apuntado anteriormente, nos muestra con frecuencia en su poesía la conciencia de sus límites precisos, la conciencia de ser, la conciencia de la propia —y humana— cualidad de mortal. No consiste su «ars vivendi» en ignorar la muerte o en hacer como si ese fatal momento no hubiese de llegar necesariamente. Se sabe mortal, reflexiona sobre la muerte y su ser mortal y, pese a ello o precisamente por ello, su actitud irradia siempre, como hemos visto, esperanza y optimismo vital: «... mi afán del día no se desaliente... y mientras haya vida por delante,/ serán mis sucesiones de viviente.»

La idea de la muerte aparece con frecuencia ya desde CANTICO: recordemos, por ejemplo, el célebre soneto «Muerte a lo lejos»:

Alguna vez me angustia una certeza...
...Y un día entre los días el más triste
Será. Tenderse deberá la mano
Sin afán. Y acatando el inminente
Poder diré sin lágrimas: embiste,
Justa fatalidad. El muro cano
Va a imponerme su ley, no su accidente.

Puede angustiar, alguna vez, la certeza de la muerte. Pero, como justa fatalidad, la muerte es ley, no accidente, ley que se acata sin lágrimas, aunque en el momento de verla de cerca sumerja en el terror. Así nos lo dice el poeta en «Soy mortal» (de CLAMOR).

Se trata también de un largo poema en el que, de nuevo, parte de un hecho —un accidente que pudo tener fatales consecuencias— para reflexionar sobre el ser, el Más Allá, la vida y la muerte.

Nos ofrece primero una esquemática y esencial reseña del accidente: una mañana



que era éter, en la que el mundo obedecía a los volantes, «que despleaban o que recogían/ tantas rápidas curvas»,

...de repente... ¡No!
Entonces un abismo...
...Quedamos en la orilla espeluznante,
Y el choque, tan posible,
No llegó a ser suceso.

Naturalmente aquella imagen, «sólo aquella imagen» como dice el poeta, que califica además de «torpe boceto apenas ideado», lo sume en el terror:

...Me sumió en el terror que me retuvo
Muy dentro de mi propio calabozo:
Este vivir mortal.

Tras la reseña, la reflexión y, de nuevo, la declaración de que aguarda el momento fatal sin protesta, como quien cumple un deber:

A la larga aparece...
...Mi deber de morir,
Acorde al gran concierto ineludible.

Esta aceptación, sin embargo, no excluye que sea un mal «trago» el paso de la vida a la muerte:

Pero el paso real, sin duda brusco,
La agonía, realísima invasora...
¡Mal «trago», don Rodrigo,
Don Jorge!

Vuelve al accidente y refiere la posibilidad de haber muerto:

Pude yacer allí, quizá deshecho.
Accidente común:
Curiosos, policía, la ambulancia.
Informe ya una forma,
Tan ajena a un aliento que fue espíritu.

Es aterrador que un espíritu quede reducido a informe trivial, burocrático, rutinario atestado policial o forense. No fue así por fortuna. Mas el poeta continúa su reflexión sobre el Más Allá, preguntándose sobre la «vida» tras la muerte:

¿Aquel soplo, mi soplo,
Se habría remontado
Libre de la catástrofe hacia el sol?
¿Mi ser, mi ser más mío,
Persistiría, trunco?
¿Aquel fuego ardería sin materia,
Pura llama en su aire ya sin aire?

Como posible respuesta, una nueva pregunta:

¿Yo no soy mi unidad de carne y hueso
Con alma, con palabra?

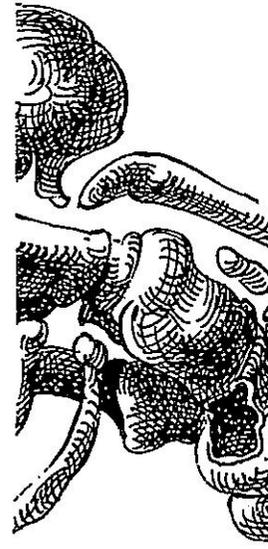
Y un reconocimiento: «Soy más pobre que Lázaro./ Ignorancia es más fuerte que esperanza./ Hombre humilde y perdido,/ yo no sé ni esperar ante ese polvo».

Pero ello no impide ni resta el amor a la vida: se declara «por vocación dispuesto/ siempre a la maravilla» y celebra que, mientras va viviendo, cuerpo y alma constituyen «maravillosamente sólo un ser».

El azar —salteador, escandaloso a ciegas— amenaza impiamente, y aun «a caballo en el filo fragilísimo» el poeta proclama:

He de ser y vivir sobreviviendo.

Termina el poema con una extensa e intensa afirmación del ser —vivo, triunfante, creador— frente a la muerte amenazante. En efecto, la vida está amenazada por innumerables asechanzas, sin clave, sin propósito, filtraciones de caos que renace sin cesar como «vil proliferación de una tiniebla». Pero frente a



la amenaza y, sabiéndose condenado a muerte como cualquier ser humano o simplemente vivo, se considera «triunfante minuto por minuto,/ de pie sobre un planeta que subsiste,/ lóbrego a trompicones, peligroso». Porque, frente al caos, la Creación, la «Suprema Creación dominadora», Creación «donde es justo/ que algún día termine mi ser».

Observemos, pues, cómo Jorge Guillén concibe lo creado como un orden opuesto al caos, un orden que hace justa la muerte individual y, por tanto, él la asume sin angustiarse por la respuesta a las preguntas sobre la sobrevivencia o no del alma en el Más Allá.

Esta conciencia, esta aceptación, esta actitud le permiten, incluso, dirigirse con cierto e irónico buen humor a Quevedo —en «Resumen», de HOMENAJE—:

Me moriré, lo sé, Quevedo insoportable.
No me tiendas eléctrico tu cable.
Amé, gocé, sufrí, compuse. Más no pido.
En suma: que me quiten lo vivido.

Más no pido: «Amé, gocé, sufrí, compuse.» Toda una vida, y en ello radica la maravilla de ser, de estar vivo. En ello y en tener conciencia de viviente.

VI. BALANCE. EL CUENTO DE NUNCA ACABAR

«¿Cuál es mi edad?» se pregunta Jorge Guillén en «La edad», de HOMENAJE. Mas, si bien la edad de una persona se expresa con cifras, «¿No es un cálculo ajeno a la inmediata / sensación de vivir?» Protesta el poeta ante la idea de reducir su vivir «al número que forma una reata/ de tantos, tantos años». La edad verdadera es «la fuerza de fervor, el afán maduro». Y, por otra parte:

Un benévolo duende está a mi lado.
Es ya bella en la rosa hasta la espina.
Contra la edad se alza mi futuro.

Es inútil, por tanto, «imitar el balance de una empresa,/ Fulano y Compañía».

Sin embargo, el penúltimo poema de HOMENAJE (Edición de Barral Editores, S. A., abril 1978) lleva como título «El balance»:

Pasan los años y el fatal balance
Se impone ya a los más desprevenidos.

Naturalmente en el primer poema el poeta se niega al balance de años expresados en cifras: no se vale más o menos según la «realidad» de cifras que expresen nuestra edad. El balance aceptado es el de los hechos, el de las obras:

El de veras humilde pone el peso
De su ser en su hacer: yo soy mi suma.

Califica de inútil que un modo siempre astuto «de mentirme despliegue sus sofismas». Es cierto que uno puede engañarse a sí mismo. Pero no es su caso: «Con la verdad al fin ya no discuto./ Mis ilusiones hoy no son las mismas.»

El ser humano puede proponerse conseguir el mundo. A la hora del balance hay que volver a lo conseguido y no engañarse:

¿Qué me propuse, qué logré, qué alcance
Tuvieron mi agudeza, mis sentidos?
...De pretensión a realidad regreso.

O como dice anteriormente en este mismo poema: «Mi ser es mi vivir acumulado.» Ese es el balance posible para una vida. O, como se pregunta en «El cuento de nunca acabar» (poema anterior a «El balance» en la edición citada):



¿Habrá un debe y haber
Que resuma el valor de una existencia,
Es posible un numérico balance?

La respuesta posible es de esperar por poca atención que se haya prestado a la trayectoria poética y temática de nuestro poeta:

Ser, vivir, absolutos,
Sacros entre dos nadas, dos vacíos.
El ser es el valor. Yo soy valiendo,
Yo vivo.

Junto a estas reiteradas afirmaciones de ser, de vivir, antes de finalizar es necesario fijarnos en otra cualidad de Jorge Guillén, hombre y poeta, en otra característica de su «ars vivendi»: el inconformismo.

Frente a la aceptación plena del ser, frente a la celebración del ser, de la vida, de todo lo positivo de la existencia, frente a su «por vocación dispuesto/ siempre a la maravilla», su conciencia de que «nunca estará bien hecho el mundo humano» y de ahí su inconformismo. Nos dice a este respecto en su poema «Del contacto al acto», de HOMENAJE:

«¿Conformismo?» Jamás conforme estuve
Con esa imposición desordenada
Que es siempre el Orden. ¡Ah, la sociedad!
Nunca estará bien hecho el mundo humano.

Sin embargo, hay criaturas humanas capaces «de residir en esencial acorde,/ y por eso tan físico, tan denso,/ con esa realidad ahí surgida».

Atendamos a la diferencia que el poeta establece entre Orden y acorde. Es aceptable y plausible el acorde del hombre con el mundo, con las características de su condición humana, con la realidad y aun con la realidad última, fatal y tal vez triste de la

muerte. Es inaceptable la «imposición desordenada que es siempre el Orden». Jorge Guillén, consecuentemente no aceptó la Díctadura y todavía se estremece ante los, llamémosle, actos de fuerza dictatoriales.

«Vivir no es cultivar una impotencia», vivir es actuar, crear, amar poseyendo «y lograr el contacto fecundante». Contacto con el otro, lo otro, la realidad.

Si el poeta en «El cuento de nunca acabar» nos dice que «una vida no cabe en la memoria», menos aún cabe su «ars vivendi» en unas páginas de glosa y comentario. Sin embargo, él en ocasiones resume su vida con la exactitud y el conceptismo que caracterizan su poética:

Ambitos de amistades,
Espíritus sin roce
Con Historia, con público,
La mujer, el amor, las criaturas,
Nuestra existencia en pleno consumada
Entre bienes y males.

La gratitud es característica esencial de Jorge Guillén. También a ello alude en este poema:

Surge una gratitud
¿En cuántas direcciones?
Se despliega la rosa de los vientos.

Y tras esto, una exclamación jubilosa: «¡Amigos!» y una aserción que constituye una sabia y vivida invitación:

Este Globo
Florece bajo diálogos.

Diálogos que constituyen una «extraordinaria flora», que, por otra parte, «rescatan sin fechas los instantes/ supremos, tan humildes».

Cabe preguntarse de qué sirven estos «instantes». El poeta nos lo aclara: «La raíz



de mi ser los ha guardado/ para abocar al que yo soy.» Enriquece al hombre el contacto con el mundo y con los otros hombres. Pero, al mirar atrás, desde su perspectiva actual:

¡El olvido me ha borrado
Tanto de lo que fui!
La memoria me oculta sus tesoros.

Ante esta evidencia: «¿Cómo decir adiós/, final adiós al mundo?» ¿Y cómo decirlo además si «estar muerto no es nada», si «morir es sólo triste», si «me dolerá dejaros a vosotros,/ los que aquí seguiréis,/ y no participar de vuestra vida».

Pero no hay rebeldía ante la idea de la muerte y por ello acepta:

El cuento no se acaba.
Sólo se acaba quien os cuenta el cuento.

Y en versos anteriores habrá dicho: «El cielo es inmortal» y

Ese mundo, que en mí se va perdiendo,
Frente a mí sigue intacto
Con su frescor de fábula.

Por ello nos dice, «no importa» que fluya la corriente «arreatándome/ deprisa hacia un final».

No importa. La luz cuenta,
Nos cuenta sin cesar una aventura,
Y no acaba, no acaba:
Desenlace no hay.

No hay desenlace porque siempre habrá «aventura de un sol y de unos hombres». La conciencia de esta maravilla le hace decir:

Feliz quien pasa aquí,
Si este planeta le ha caído en suerte,
Sus efímeros días.

Naturalmente, este propósito y este proyecto de felicidad que son el hombre pueden sufrir percances, deterioros, injusticias, embites del azar y del caos. En efecto, nuestra existencia es en pleno consumada «entre bienes y males». No ignora ni es ajeno el poeta al dolor, pero, como nos dice en «Nada más»:

Aunque preso en la tierra y sus prisiones,
El corazón audaz
Emprende la conquista.

Nunca parece haber desánimo o desaliento en la vida de Jorge Guillén. Es poeta del optimismo. Esa gran lección de «ars vivendi» nos la ofrece directamente a los que hemos tenido la suerte de conocerlo personalmente y de visitarlo en su casa malagueña frente al mar. Pasan los años, pero no su ánimo: «Mientras hay vida por delante,/ será mis sucesiones de viviente.» Y esa lección aparece clara en su obra poética.

Mas no es quizá lo más valioso lo que nos dice sobre la vida —y su vida— o la muerte. Lo más plausible desde el punto de vista literario es que nos lo diga en unos poemas llenos de verdad literaria, de verdad poética, de coherencia artística. Ello es lo que lo hace poeta, lo que hace su discurso poesía y no prosa de más o menos verdad filosófica u objetiva.

Enumeremos ya, a modo de resumen y para terminar este ensayo, las características del «ars vivendi» de Jorge Guillén:

- optimismo vital
- esperanza y fe en la vida (dice-en Y OTROS POEMAS):

Confiaba en mi estrella
Desde siempre. —¿Por qué
Tanto creíste en ella?
—Vitalidad es fe.

- animosidad constante
- amor al ser y a ser, a la existencia toda
- sensibilidad hasta para lo más sencillo
- cordialidad y gratitud (que son fuentes de amistad)
- conciencia de que el peso del «ser» es el «hacer» y actuación en consecuencia
- conciencia, asunción y aceptación plenas de su ser en el mundo, de sus límites, de su estar sometido «al orden más co-recto», de que la vida es luz y sombra, asperezas y benevolencias
- conciencia de su ser mortal («...Por ser mortal, el vivir ahincadamente/ se me abraza a mi cuerpo,/ a esta respiración en que se aunan/ mi espíritu y el mundo»)
- actitud positiva en todos los sentidos (contacto fecundante con la realidad: «Habré dicho a la vida un firme sí/ hasta el instante justo de la muerte»)
- inconformismo frente a lo negativo e injusto
- liberalidad.

Tras esta no exhaustiva enumeración, pongamos punto final con sus palabras (de Y OTROS POEMAS):

¡Inagotable vida! No hay «summa» que la
[encierre.
No concluye el poeta de reunir palabras
Jamás sobre el papel ávido con sus blancos.
Obra acabada nunca si no se detuviese,
—Fuerza mayor— la mano que traza aún más
[signos.